

Amelie O. Rorty (ed.), *The Identities of Persons*. California: California University Press, 1976, pp.

En el verano de 1971, platicaba con Hugo Margáin acerca de un artículo, recién aparecido, de Derek Parfit, y Hugo me decía: "Ves, este tipo dice que no hay identidad de las personas sino una sucesión de 'yos' y que, por lo tanto, no debemos preocuparnos por nuestras acciones pasadas, arrastrando culpas o malos recuerdos." A lo cual repliqué que ésa era la teoría de Hume, la cual suele objetarse diciendo que es incoherente, pues presupone —sin reconocerlo— la identidad o mismidad de las personas a través del tiempo, las circunstancias, etcétera. Hugo repuso de inmediato: "Pero eso es precisamente lo que tenemos que quitarnos de encima."

Yo sigo preguntándome: ¿podemos quitarnos de encima la noción filosófica de la identidad? ¿Es acaso que el ser que somos no queda debidamente categorizado bajo el concepto de identidad? ¿Cómo podemos entonces expresar conceptualmente nuestra continuidad? ¿Hay alguna otra relación, menos severa que la de identidad, que nos permita concebirnos mejor, es decir, individualizarnos y distinguirnos de los otros entes?

Estas jugosas cuanto fascinantes cuestiones ameritan de auténtica excelencia intelectual que pueda arrojar consideraciones a la altura de tan irrecusables problemas. A esa privilegiada cuestión metafísica está dedicado el volumen de Amelie Rorty. El título mismo es ambiguo y quiere dejar abierta la cuestión de la identidad —es decir, de si se trata de una única unidad— como en verdad sucede con las diferentes contribuciones, todas ellas escritas especialmente para el volumen.

El artículo de Parfit antes mencionado constituye una versión contemporánea de la tesis de Hume de que la identidad —unidad— de las personas es una ilusión costosa que debemos eliminar si queremos reconciliarnos con nuestras emociones y nuestra vida en general. Hume propuso una explicación psicológica de cómo surge en nosotros la ilusión de la unidad. Parfit, apoyado en la noción de cuasi-memoria introducida por Sydney Shoemaker,* propone una relación de conexión entre personas-estadios que pueda constituir un continuo.

Esta tesis humeana parte de la idea de Locke** de que "persona" es un término forense relacionado principalmente con las nociones de responsabilidad legal y moral y, por ello, las condiciones de iden-

* Cfr. S. Shoemaker "Las personas y su pasado" que aparecerá próximamente en *Cuadernos de Crítica*, No. 8.

** Véase a este respecto mi artículo "Consideraciones acerca de la sustancia y la identidad personal en Locke", *Diánoia*, 1980.

tividad e identificación del mismo no pueden tener el carácter estable y determinado que tienen las de las sustancias materiales.

Esta antología puede verse como una disputa filosófica en torno a esa cuestión central. Unos se alinean con Locke y Hume, mientras otros toman el partido de Aristóteles y Leibniz.

El orden de los artículos es adecuado a este respecto. En el primero de ellos, "Survival and Identity", David Lewis expone el optimismo entre las dos tesis opuestas. Lewis cree que hay una relación de continuidad y conectividad mental entre personas-estadios que es la que importa para la supervivencia, y esa relación —que Lewis denomina R— es la relación de identidad.

La discusión contemporánea ha seguido a Locke al incorporar a la disputa los llamados "casos problema", que vienen a ser casos contrafácticos de mundos posibles o de la llamada ciencia-ficción filosófica, es decir, casos como el de transplantes de cerebro que pueden resultar en la fisión o la fusión de personas.

Lewis pretende que su tesis es capaz de lidiar con los casos problema y puede al mismo tiempo ofrecer una definición no circular de personalidad. Su tesis es interesante porque puede resolver, en principio, los casos de fisión y fusión, los de longevidad, y admite, además, que la personalidad es una cuestión de grado. En todas esas cuestiones Lewis —como es costumbre— tiene cosas imaginativas e inteligentes que decir.

En "Survival" Georges Rey parte de los casos de bisección del cerebro presentados por Sperry y concluye en que la posibilidad de supervivencia reside en el conocimiento de nuestro cuerpo. Asienta que lo importante es la supervivencia y que debido a ella ha llegado a ser importante la identidad.

Perry acepta hablar de personas-estadios, pero hace ver la necesidad de introducir dos relaciones: la relación H (humana), que es la relación psicológica, y la relación P (persona), una relación material que enlaza esos estadios. En condiciones normales, esas relaciones coinciden y tenemos identidad. En condiciones anormales, no lo hacen, y tenemos dificultades. Perry logra satisfacer las dificultades de Lewis sin aceptar sus tesis extremas, e igualmente resuelve las preocupaciones de Parfit sin tener que adoptar una noción especial de persona ni embarcarse en el programa revisionista e incompleto que este último propone.

Parfit escribe bien y se expresa con fuerza pero no es claro si con verdad. Su estrategia consiste en desacreditar la noción de identidad frente a los casos problema e invitarnos a hurgar en una "nueva manera de pensar" que implica abandonar la identidad —o la relación P de Perry. A pesar de todas sus observaciones agudas y bri-

llantes, no es claro ni convincente que Parfit pueda eliminar la relación de identidad de su tratamiento de los casos problema.

Sin embargo, no es fácil atraparlo en error, y se defiende eficazmente tanto de Lewis como de Perry. Resulta particularmente desconcertante oírle decir que ambos —Perry y él— están de acuerdo en que en las personas “la importancia de la identidad es derivativa.”

Es difícil argumentar en contra de casos de ciencia ficción. Mi convicción está con P. T. Geach, quien dice al respecto:

Aún frente a casos realmente extraños la lógica de la identidad y de los nombres propios es demasiado central a nuestro esquema conceptual como para revisarla, así sea ligeramente. No la revisaremos tan sólo para conceder que un caso de ciencia ficción describe un posible estado de cosas.*

Bernard Williams ha sido un defensor de la identidad personal, la cual consiste, a su entender, en la identidad del cuerpo humano. En su contribución “Persons, Character and Morality” —dotada del agradable cuanto esmerado estilo que exhibe habitualmente—, Williams examina la idea que tienen de las personas las teorías morales utilitarista y kantiana. Mientras que el utilitarista niega la separabilidad de las personas de las personas al buscar la máxima utilidad para todos Kant afirma esa separación de unos con otros, pero afirmando que el sujeto moral es una voluntad y elección pura, abstracta.

Ahora bien, ambas posiciones chocan con el carácter de las personas individuales, pues el utilitarista demanda que uno haga lo que maximiza la utilidad aun si destruye su individualidad y su vida, y el kantiano se aferra a toda costa a la decisión imparcial, que tampoco recoge los requerimientos del individuo. Williams piensa que los individuos no son intersustituibles y que esas dos teorías morales no pueden satisfacer la individualidad. El argumento de Williams invita a considerar seriamente el concepto de persona individual y la manera en que el carácter está involucrado allí.

Terence Penhelim ataca las teorías humeanas desde otra perspectiva; parte del análisis de Hume de las emociones complejas de la autoconsideración, tales como el orgullo. Penhelim, como otros, observa una incoherencia entre la teoría de Hume de que la identidad (unidad) personal es una ilusión y la forma en que usa de todas maneras esa identidad en su discusión de las pasiones.

El hecho es que tener orgullo envuelve necesariamente mi misma persona y solamente en la medida en que determino los límites de mi persona puedo racionalmente determinar los alcances de mi orgullo. Las preguntas que surgen entonces son acerca de la realidad de

* “Ontological Relativity and Relative Identity” en M. Munitz (ed.), *Logic and Ontology*, New York: New York University Press, p. 297.

la individualidad y acerca de la precedencia de la identidad personal sobre la legitimidad de sentir tales o cuales pasiones. Penhelum se opone, por lo tanto, a la conclusión de Parfit de que "la importancia de la identidad es derivativa".

Pero también se oponen a la teoría humeana Wiggins y Shoemaker. El primero, en "Locke, Butler and the Stream of Consciousness: And Men as a Natural Kind", enfatiza el valor de la aportación de la teoría de Locke en contra de las objeciones de circularidad que Butler le hiciera. No es más circular —afirma— que otros análisis. Pero el punto importante es que se necesita una relación suficientemente fuerte, formal y no formalmente, para construir la continuidad mental. El principal fortalecimiento debe provenir de concebir la causalidad mental como radicada en una sustancia material que tenga la capacidad de garantizar el ejercicio del complejo de capacidades que constituye la personalidad.

Si se lo ve así, Locke sólo aportó una condición necesaria de la identidad personal al mencionar la memoria. Sin embargo, hay algo más: Locke señaló un límite de las cosas a las que podemos atribuir personalidad, a saber, que podamos construir biografías individuales mutuamente consistentes.

¿Cuáles son entonces los límites de la personalidad? Wiggins se apoya en la teoría de las clases naturales de Putnam y reconsidera el caso de la amnesia. El criterio de Locke es insuficiente para lidiar con este o con otros casos problemáticos, pero es útil porque nos dice que la persona —la cual es una especificación de la clase natural animal— tiene una continuidad que va más allá de la de un cuerpo o cadáver. Podemos extender la personalidad hasta ciertos límites; lo que no podemos es abandonar la base metafísica de que la persona es un tipo de animal.

Sydney Shoemaker va más allá que Wiggins y, mediante un complejo argumento, busca establecer que las personas son seres encarnados en forma tal que sus dos capacidades fundamentales, la de percibir y la de actuar, deben concebirse como conceptual o no-contingentemente conectadas con la conducta. Pero entonces la encarnación paradigmática (volicional y perceptual a la vez) no es sólo la condición de estar encarnado sino de existir como persona. Shoemaker hace uso de casos contrafácticos para eliminar la suposición de que las personas podrían existir sin encarnación alguna. El ímpetu anti-cartesiano es claro. Pero, ¿hasta qué punto asume un dualismo tipo Putnam o va más allá, hacia una teoría de la identidad? Creo que, aun cuando la tesis de Shoemaker es más específica —a este respecto— que la de Strawson, por ejemplo, no es lo bastante específica para adoptar una posición más determinada, como la del dualismo o el materialismo. Lo que debemos preguntarnos es si esto es

así porque Shoemaker desea mantener abiertas sus opciones o porque no considera pertinente hacer esas u otras afirmaciones específicas.

Daniel Dennett, en "Conditions of Personhood", prefiere ver "persona" como una noción que cubre un continuo que va desde la noción metafísica hasta la noción moral o forense de Locke. "Persona" es ineludiblemente un concepto normativo y es en este carácter en el que se apoya el escéptico para introducir sus dudas especulativas.

De Sousa construye un modelo que denomina "homúnculo racional" y somete su unidad a prueba con el caso de la acracia como un caso de división de la agencia.

Harry Frankfurt retoma el tema de los límites de la personalidad a propósito de la externalidad de ciertas emociones y se pregunta por aquello que hace que un movimiento corporal o una pasión pertenezca a una persona y no sea solamente algo que le acaece. Confiesa que la decisión es muy difícil si se busca en el carácter interno del suceso.

Finalmente, Charles Taylor trae a colación las consideraciones profundas, a saber, la elección radical de tipo de vida como esencial al concepto de persona. Las personas son seres que se evalúan permanentemente y radicalmente. Sin embargo, parece ser que ésta es una condición necesaria de las personas y no una determinación de aquello en lo que pueda consistir su identidad. Por lo menos, Taylor no considera la relación de esta condición necesaria con el problema metafísico.

ENRIQUE VILLANUEVA

John Duns Scotus, *God and Creatures. The Quodlibetal Questions*. Translated with an Introduction, Notes, and Glossary by F. Alluntis and A. B. Wolter, Princeton: Princeton University Press, 1975, XXIV + 548 pp.

El volumen consta de una introducción, la traducción completa de las 21 cuestiones cuodlibetales — en las que se añaden notas de crítica textual, doctrinales y bibliográficas—, un apéndice con textos adicionales, y un glosario de los términos más técnicos usados por Duns Escoto.

La obra conjunta de Alluntis y Wolter muestra resultados de precisión ya desde la introducción. Se da una presentación de la importancia de Escoto como pensador, ponderando la dificultad de su doctrina, dificultad que le mereció el apelativo de "Doctor Sutil".

En cuanto a su biografía, los datos que nos ofrecen están bien cercados en la crítica histórica, señalando los detalles en los que no se ha alcanzado completa seguridad, a pesar de medio siglo de pacientes y concienzudos estudios. Es, por eso, una biografía somera, pero